

diario de diarios

Resumen Político

AS n g =

ESPAÑA POLITICA

La trampa saducea. LA VANGUARDIA
ESPAÑOLA (Barcelona) (Pág. 11) 12.
XI. 72. Art. de José María de Areil-
za.

En reciente comisión de las -
Cortes se ha contestado acer-
ca de un centenar y medio de
preguntas, hechas por diver-
sos procuradores. ¡Qué fe-
liz chivo emisario, éste de los partidos! Por lo visto nadie, ni a la derecha, -
ni a la izquierda; ni entre los ricos, ni entre los pobres; de la Iglesia o de la
intelectualidad; terratenientes o empresarios o trabajadores tuvieron la me-
nor responsabilidad en llevar al país a la peor de las salidas: la guerra civil.
Todo fue por los partidos. Los problemas irresueltos que dejó la Monarquía y
que agravó, sin solucionar, la República, no fueron sino anécdotas. El parti-
dismo era el culpable. Eliminado aquél, y convertido en monopartidismo, des-
aparecieron cuestiones, tensiones, fricciones y divisiones. El país es unáni-
me, monocorde, dogmático, unitario y total. Nadie discrepa, nadie disiente,
nadie critica, nadie opina. Ni siquiera los saduceos o los fariseos. Lo único-
que no queda claro es por qué, siendo tal el clima de identificación, han de -
reunirse los cien miembros del Consejo, a puerta cerrada, para deliberar.

Más impresionante ha sido la respuesta que se ha dado para cal-
mar las inquietudes de algunos procuradores sobre el tema de nuestras rela-
ciones con Europa. Aquí, no hubo equívocos. "No existen -se nos dice- obstá-
culos jurídicos, ni condicionamientos políticos de ninguna clase para la entra-
da de España en la Comunidad". Se trata, por lo visto, solamente de capri-
chos de humor de unos pequeños partidos - ¡siempre los partidos! -: uno danés
y otro holandés, a los que no les cae bien el ingreso de España en la sociedad
de los Nueve. ¿Para quién se habla así? ¿Para los procuradores? ¿Para el
país? El lector español de periódicos, menos avisado, ha leído hace poco la -
declaración conjunta de los Nueve en París con su rotundo preámbulo; las de-
claraciones de Scheel, canciller alemán; las del presidente Pompidou; las de-

(2124)

Sicco Mansholt; las de Altiero Spinelli; las de tantos y tantos políticos y tecnócratas; jefes de partido, diputados y personalidades de diversos matices de los Nueve países sobre el tema. Hay rotunda unanimidad de opiniones: en las condiciones actuales no es posible iniciar la negociación política. Ninguno de los Nueve países y gobiernos la admitiría. Hace falta que se reformen las estructuras de nuestra vida política. Entonces, una vez homologadas con el resto de los países comunitarios, habría una base común para abrir el diálogo con vistas a la integración gradual de España a la C. E. E.

Si nos interesa participar en la Comunidad habremos de aceptar sus reglas de juego. Si no queremos entrar en ella habrá que decirlo públicamente. Lo que resulta pueril y cómico es hacer de enano de la venta con una entidad a la que le tiene perfectamente sin cuidado que entremos o no en su seno. Y aun me parece que maliciosamente se frotaría las manos de gusto si no lo hiciéramos, por el cúmulo de ventajas comerciales que nuestra ausencia les reportaría a más de uno de los Nueve países. Para saber si a los intereses nacionales les es o no conveniente la integración gradual con Europa, sería razonable abrir un gran debate nacional en el que se ventilasen libremente el pro y el contra. El tema es demasiado importante para afrontarlo con simples habilidades semánticas.

Una negociación política con la C. E. E. requiere ante todo una línea de credibilidad democrática en quienes protagonicen el empeño. Hasta ahora, hay pocos síntomas de ello, y la reciente sesión de las Cortes a que aludimos refuerza este aserto escéptico. El clima y la tendencia predominantes, no son precisamente de apertura y de libertades, sino más bien de sentido opuesto. El "cierre" no es un "vocablo genial", ni creemos que produzca entre los bastidores de la Europa comunitaria entusiasmos indescriptibles. La grandeza histórica de España se logró por la universalidad de su espíritu, de su lengua y de su cultura. No por los cerrojos y candados de sus inquisidores. Las alusiones bíblicas no son el mejor camino para responder a una gran masa española de empresarios, profesionales y trabajadores que vive de realidades, muchas veces difíciles y que no quiere perder el autobús de Europa. Y es que el problema no es tan sólo de Mercado Común, sino de sentido común.

**** Preguntas sin respuesta y respuestas sin pregunta.**

Ello resulta decepcionante, aunque no sorprendente ni, desde luego, persuasivo,

el uso dialéctico, que consiste en responder a lo que no se pregunta - los partidos políticos proscritos por nuestro ordenamiento constitucional - y no responder a lo que se pregunta - el asociacionismo como instrumento del contraste de pareceres prescrito en nuestras Leyes Fundamentales. Y si, a mayor abundamiento, se interpola en el debate una cuestión nueva - no objeto de pregunta -, las llamadas tendencias o corrientes políticas, y se pronuncia respuesta sobre ella, huelga decir que la incongruencia fue la tónica que dominó sobre el tema al quedar sin respuesta las preguntas o darse aquélla sin existir éstas. Idéntico ha sido el tratamiento al tema relativo a España y la Comunidad Económica Europea. En efecto, decir que "no aceptaremos nada que afecte a la soberanía y dignidad del pueblo español" es algo tan obvio como innecesario, pues presupone la existencia de alguna pregunta en tal sentido que evidentemente no se produjo. (Enrique Santín, en "Ya").

**** Una pesada losa sobre la tumba del asociacionismo, muerto sin haber nacido.** Obturación de un cauce a la esperanza y a la ilusión. Bueno. Pero sin que se nos venga ahora con "tendencias". Porque estamos jugando a los despropósitos y eso no es serio. Todos sabemos que el nombre es lo de menos.